

TESTIMONIO

del sismo

VOLUNTARIA

Claudia Noemí Cortez Ochoa
Licenciatura en Diseño de la
Comunicación Gráfica

Nunca en mi vida pensé presenciar algo como el sismo del pasado 19 de septiembre. Después del susto que me llevé al experimentarlo en el edificio "r" de la UAM Xochimilco, contacté a mi familia para saber si estaban a salvo. Mi padre, electricista de CFE, afortunadamente no tuvo percance alguno, pero se quedó a atender las emergencias que surgieron tras el desastre. Ese día tardé mucho en llegar a casa. Recogí a mi hermana que estudiaba en la Facultad de Arquitectura de la UNAM. El tráfico era impresionante, la ciudad era un caos.

En el trayecto nos fuimos enterando de la magnitud de lo que acabábamos de

vivir a través de reportes en la radio, sin poder creerlo completamente. Mi mamá estaba en el jardín acompañada de mi perro. Estaba apartando agua, pues comenzaba a irse; la luz se había ido casi al mismo tiempo en que ocurría el temblor, pero salvo esas nimiedades la casa estaba entera. Luego de finalmente estar juntas las tres, vino la espera. Entramos al coche para cargar los celulares y oír el radio. Escuchábamos en silencio reportes de edificios derrumbados. Lo único que pensaba, ya con la tranquilidad de saber que mis seres queridos se encontraban bien, era que tenía que salir a ayudar.

No lo hice inmediatamente: rogaban que sólo salieran motocicletas y bicis, pues los autos entorpecían el tránsito de patrullas y ambulancias. Lo que pude hacer en el momento fue ofrecer por redes sociales tratar de localizar por teléfono a personas con las cuales sus familiares no podían entrar en contacto. "Muchas, muchas gracias", me dijo una chica a la que no conocía tras pasarme los datos de su hermana. Intenté durante un buen rato sin éxito, hasta que finalmente la chica me dijo que su hermana ya se había contactado con ella. Me sentí secretamente muy feliz y sin poder evitarlo me puse a llorar.

Esa noche dormí muy intranquila. Por la mañana intenté acudir a algún centro de acopio, pero el milagro ya había sucedido: rogaban que no acudieran más voluntarios porque había un exceso de ayuda humana.

No quise sentarme sólo a la espera, salí y fui por mi calle, de puerta en puer-

Sismo del 19 de
septiembre, 2017
Fotografía:
José Ventura
Flores Velasco






ta, pidiendo a mis vecinos que buscaran en sus botiquines lo que les sobrara: vendas, gasas, agua oxigenada, medicamentos no caducos. La gran mayoría lo hizo con gusto, hubo incluso quienes dieron dinero para comprar más cosas. Tras un viaje a la farmacia me dirigí a la zona de hospitales de Tlalpan, donde una enfermera salió corriendo a preguntarme: “¿Es cierto que traes material de curación para donar?, muchas gracias, no sabes la falta que hace ahora.”

Al día siguiente quedé con unas amigas para recorrer los centros de acopio para ayudar en donde nos necesitaran. Terminamos en el Estadio Olímpico Universitario. Ahí, aunque ya había demasiada gente, llegaba tanta ayuda que había muchísimo qué hacer. A partir de ese día regresé prácticamente a diario y participé en muchas actividades: recibir y clasificar donativos, ser parte de cadenas humanas, repartir alimento a los voluntarios, clasificar y doblar ropa. Además de seguir difundiendo en redes sociales lo que hacía más falta como donativo en el Estadio. A veces me acompañaban mis amigas, a veces mi hermana y en ocasiones iba sola.

Una amiga me agregó a un grupo de enlace y, a través de él y de una amiga

que estaba presente en el multifamiliar de Tlalpan, pudimos canalizar mucha ayuda a donde era necesario. El trabajo era muy ameno aunque fuera pesado; aún me sorprende ver cómo tanta gente que no se conoce puede organizarse tan bien. Fueron días ajetreados en los que no notabas el cansancio hasta que llegabas a casa, rendido de un día completo. El día que me tomé un respiro me sentí culpable porque la ayuda iba mermando conforme los días pasaban, pero me recordaron que era importante descansar para seguir ayudando. Tras el cierre del centro de acopio del Estadio, continué siendo enlace un tiempo más.

Finalmente, las cosas fueron regresando a su cause normal, relativamente hablando. Regresé a la UAM con la alegría de haber ayudado, pero con la sensación de que debería seguir haciendo más. Fue una experiencia dura y triste, pero a la vez hermosa, que me ha marcado de muchas maneras. Aprendí algo muy valioso de ver a la gente unida, apoyándose y organizándose, ofreciendo una mano amiga al necesitado, desbordando tanta ayuda que sobraba, estando todos juntos al pie del cañón.

Resulta cierto que, en México, más que nunca, *un soldado en cada hijo te dio*. 

Voluntarios en el sismo del 19 de septiembre, 2017
Fotografía:
José Ventura Flores Velasco

DAMNIFICADO*

Alejandro Ochoa Vega
Departamento de Métodos
y Sistemas

En mi clase de Historia de XI trimestre de la carrera de Arquitectura de la UAM Xochimilco, el martes 19 de septiembre del 2017, explicaba la postura historiográfica de José María Montaner sobre la arquitectura contemporánea, cuando escuche a los alumnos decir: "Está temblando..."

Apenas poco más de dos horas antes, habíamos realizado el simulacro que recordaba el terremoto del 85, entre sonrisas y tranquilidad de solo "escenificar" un hecho que veíamos lejano, a pesar de haber pasado por el susto del sismo del 7 de septiembre, con grandes daños en Oaxaca y Chiapas. Pero la Ciudad de México había resistido y nos congratulábamos de cómo aprendimos y mejoramos después de la experiencia del otro 19 de septiembre de hace 32 años. Pero no, como coincidencia fatal, de nuevo en día y mes

*Texto publicado en el Trazo Semanal #285 23/10/17.



Sismo del 19 de
septiembre, 2017
Fotografía:
José Ventura
Flores Velasco

vivíamos el terror de ver como la tierra y el espacio donde nos encontrábamos se movían de manera intensa, al grado de impedirnos llegar a la escalera próxima. Desde ese tercer piso, salimos lo más veloz que pudimos, pero poco avanzamos y apenas alcanzamos a recargarnos en algún muro a esperar que el movimiento terminara. Finalmente logramos bajar al estacionamiento, para encontrarnos con una multitud de alumnos, y profesores asustados y tratando de comunicarse con sus seres queridos, sin suerte, ya que se perdió la señal.

Volví por mis cosas al salón y después al cubículo, encontrando en el camino varias lámparas colgando. Las preguntas eran: ¿qué paso en la ciudad?, ¿en mi edificio?, ¿habría daños serios?, ¿de cuántos grados fue el temblor?. Por los altavoces nos indicaban desalojar la Unidad, y así lo hice en compañía de mi colega y amiga Pamela Vique a quien le ofrecí aventón. En principio el tránsito parecía el normal, pero no tardaría mucho en volverse muy complicado, con semáforos apagados, guías de tránsito espontáneos en algunas esquinas, continuas desviaciones, y mucha gente en las calles. A lo largo del sinuoso y complicado trayecto entre Coapa y la colonia del Valle, no me tocó ver ningún derrumbe, pero el ambiente denso y de incertidumbre que se respiraba conmovía. En el trayecto ya sea por los noticieros que íbamos escuchando por la radio o por *WhatsApp* con familia y amigos, fuimos dimensionando el impacto en la ciudad. Mis hermanos y sobrinos repartidos entre la Ciudad de México, Guadalajara y California pasaron minutos preocupados porque no me había reportado al escuchar reportes y ver escenas de edificios desplomados por televisión. De repente, entre los muchos momentos en que me detuve por el tránsito bloqueado, leí




el mensaje de una vecina: “se cuarteo el edificio, tenemos que desalojar...”

En Calzada de Tlalpan y Municipio Libre se bajó mi querida Pame, y lo que me restó para llegar a mi casa de 14 años, donde he disfrutado al máximo de aquel espacio generoso, iluminado y de una vista urbana espectacular desde el sexto y último piso del edificio... se me hizo eterno. Finalmente arribé y noté que el acceso estaba bloqueado, por gente y los autos de mis vecinos, así que me estacioné enfrente sobre División del Norte, con la perspectiva completa del edificio que tenía buena parte de las piedras del recubrimiento de la fachada desprendidas, y con varios muros de los primeros niveles cuarteados, hasta dejar ver parte del interior. Intercambié algunas palabras con mis compañeros de desgracia, y al ver que entraban y salían, decidí subir los seis pisos, a través de la tortuosa escalera de servicio en abanico. Azulejos en el piso, tierra, grietas en forma de cruz, fueron parte de lo vi hasta llegar a mi acceso secundario y de “emergencia”. El muro entre la cocina y el comedor cuarteado, montones de objetos en el piso, mi torre de CDs, televisión, libros y hasta un muro perforado en la recámara, el colindante con el edificio de junto, fue parte de lo que me encontré. Me sorprendí que ninguno de los cristales, en ventanas y puertas se hubieran estrella-

do. Fue desolador. Lo primero que pensé fue sacar mis papeles importantes, objetos y libros entrañables, algo de ropa y artículos de baño, ante la inevitable necesidad de abandonar mi querido espacio.

La solidaridad de toda mi familia, en particular mi sobrina Adriana que me recibió en su casa los primeros días, buena parte de mis amigos, como Itzel y Ana que hicieron lo propio otro día, y compañeros de la UAM, entre ellos Pablo Quintero, que ante mi solicitud de asesoría para ver como reestructuramos el edificio, no dañado en su estructura principal pero que sí requiere refuerzo, fue el primero que respondió y acudió para ver los daños. Lo mismo, mi queridísimo amigo y hermano Carlos Caballero, arquitecto de enorme sensibilidad y talento, que se trasladó desde Orizaba para acompañarme unos días. Y mi otro gran amigo, al que no veía desde hace tiempo, Miguel Torres, que de inmediato al enterarse, me ofreció quedarme en su casa el tiempo que fuera necesario.

Mi vida cambio en segundos, la pérdida es significativa, pero a la vez soy afortunado porque estoy VIVO, puedo recuperar mi casa, a diferencia de muchísimos que perdieron todo, porque ya no tengo vecinos sino una familia, y porque gané la oportunidad de... ¡repensar la vida! 

Reacción ante el sismo del 19 de septiembre, 2017
Fotografía:
José Ventura Flores Velasco